

Este libro de relatos de Bryce presenta, para el crítico, matices importantes en cuanto a la definición de eso que se podría llamar la narrativa "a lo Bryce", mientras que para el lector sigue ofreciendo historias hilarantes coherentemente enlazadas y, lo que dice más, claridad y calidad en la expresión. Y claro que estamos hablando de buena literatura, aunque la calidad de los relatos sea dispar. De hecho, sobresale nítidamente el segundo relato ("Un sapo en el desierto"); trataremos de explicar por qué.

El primer relato, escrito desde el punto de vista de la tercera persona, narrador omnisciente, retrata la decadencia de esa vieja (el adjetivo es figurativo y también real) oligarquía limeña que se resiste a morir y que pretende mantener valores propios de una sociedad semi-feudal en plena época de la computadora y de integración de mercados. Ahí radica lo trágico de la situación de esas dos viejecitas hermanas que se aman-odian y que nada o poco sospechan del cuasi enfrentamiento de sus hijos que no hace sino prolongar un lío ancestral que nunca pudo darse por olvidado. A pesar de la múltiples historias secundarias que atraviesan el texto, son los diálogos de estas dos viejecitas que añoran su servidumbre cajamarquina porque era tan educados "que nunca se morían sino cuando uno ya no los necesitaba". De los tres relatos que componen el libro este es el más trabajado. Hay variados y celerísimos cambios de punto de vista, montaje de tiempos y un interesante (aunque no nuevo en Bryce) manejo del discurso oral que se confunde (a veces a mitad de frase) con el del narrador.

El narrador de este primer relato podría suponerse cercano a aquel de *Tantas veces Pedro* mientras que el del segundo relato está más próximo al de la primera parte del *Cuaderno de navegación en un sillón*. Voltaire, *La vida exagerada de Martín Romaña*. Esto nos confirma que lo mejor de Bryce se pone en evidencia cuando asume la primera persona. "Un sapo en el desierto" es un relato en el cual, prescindiendo de mayores rebuscamientos, el autor nos ofrece un sentido retrato de la amistad entre un niño y un hombre mayor, algo que ya había ensayado en un formidable cuento: "Un amigo de cuarenta años". En este segundo relato "lo oral" se traslada a los predios del narrador. Creemos que esta es la estrategia que mejores resultados le ha ofrecido al autor. Sobre todo en relatos como éste que nos ocupa, en los cuales los sentimientos humanos se exponen en toda su grandeza pero, a la vez en su infaltable dimensión irónica. Nunca podría emplearse mejor el adjetivo "tragicómico" que en el enjuiciamiento de los relatos de Bryce Echenique.

El mundo de los afectos es también explorado en el tercer relato "Los grandes hombres son así y también así". La principal característica de este relato es la exageración en la caricatura (aunque, ya se sabe, a veces la realidad supera a la más disparatada de ellas). Mientras se maneja en el mundo de los sentimientos personales Bryce resulta casi insuperable; no es lo mismo cuando escapa del ámbito de lo interpersonal.

Este relato mantiene el tono irónico del primero y apela a las situaciones disparatadas, extremas. El gran hombre se ve ridiculizado como persona. La máscara de vigoroso activista político y la máscara de gran amante y héroe escolar son retiradas para mostrarnos el verdadero rostro egoísta del personaje.

Tomando esto último como punto de partida podríamos señalar que el “demonio” de estos relatos es la infidelidad hacia los amigos. El gran personaje sería, entonces, la amistad; la de esos dos primos que intentan redimir una enemistad ancestral, la de esas viejitas que aunque renieguen una de la otra siguen juntas, la de ese tímido y debilucho muchacho que intenta reconstruir una amistad infantil y tropieza con los intereses personales del “gran hombre”... el mundo de la narrativa de Bryce es uno de simas y cimas y, por lo tanto, se instituye como uno de los intentos más sinceros y balanceados por rendir cuenta de las grandezas y miserias de los seres humanos indefensos ante la emoción, el sentimiento, la belleza.

Carlos Manuel Arámbulo

PIMENTEL, Jorge. *Tromba de agosto*. Lima, Lluvia Editores, 1992. 161 p. (Prólogo de Pablo Guevara).

Resulta innegable que la historia de los libros de poesía peruana sea casi por lo general bastante azarosa. *Tromba de agosto*, el último libro de Jorge Pimentel, se incorpora con creces a esta ya honrosa tradición gracias a un enojoso ramillete de situaciones límite, se diría lindantes a la mejor tragicomedia. En efecto, grandes paréntesis en las fases de redacción –¿y corrección?–, diversas demoras editoriales –según se desprende de declaraciones efectuadas hacia comienzos del año 1990 por el propio Pimentel<sup>1</sup>– y hasta una penosa enfermedad que recluyó al autor en una especie de involuntario exilio interno<sup>2</sup>, son, pues, los motivos por los que la entrega de *Tromba de agosto* al raleado mercado nacional hubo de retrasarse en más de una oportunidad.

*Tromba de agosto* empezó a escribirse el año 1975 “caminando por todo Lima a pie”, según reza Pimentel en la página final de la edición, insistiendo, una vez más, en aquel viejo pregón dirfase institucionalizado por los miembros de Hora Zero: ese que enfatizaba en la filiación callejera, coloquial, cotidiana y populista del poema. Pero, ¿por qué razón Pimentel, indiscutido líder horazeriano, vuelve a enarbolar las antiguas pancartas de los setentas? ¿Ignora acaso que la poesía se encuentra inmersa en un presuroso cambio de ritmo?

<sup>1</sup> Cf. el espacio Pluma de carne, diario *Página Libre*, martes 17 de abril de 1990.

<sup>2</sup> Cf. la reseña “En torno a *Tromba de agosto*”, s/a. *El Comercio*, Sección “C”, Domingo 9 de febrero de 1992.